

el 16 de Noviembre
de
1957

Las Relaciones Humanas

Por Manuel LOPEZ PEREZ

En los generosos labios dedicados a pronunciar palabras dictadas por la vocación a la docencia, los términos adquieren las claridades de una potente lámpara enfocada hacia los episodios valiosos de la historia; esclarecen en otras ocasiones los acontecimientos actuales, atisban a veces en el misterio del porvenir. Y estas misiones las cumple la palabra del hombre constituyendo la esperanza empírica y serena de un sembrador sencillo que por una inducción generalizada confía en que si lo que se ha sembrado fructificó hasta ahora, de la misma manera habrán de constatarse las fecundidades del verbo. Pero este poder de la palabra influyendo simplemente como palabra, se agota en la confiada espera de una germinación afortunada en el pensamiento de los discípulos.

Más activa nos parece la palabra de los apóstoles que predicaban un credo religioso, político, científico o social, porque procede de una fe militante, de una pasión batalladora; fe y pasión que ponen la conducta del hombre como puntal a las plataformas en que concreta los ideales que inspiran su evangelio. Y sin embargo, estas ejemplaridades del anhelo apostólico, con ser dueñas algunas veces de prestigios que invaden toda la extensión de los siglos, no logran convertir en bienes los diversos valores que en conjunto representan.

Por eso la lenta evolución que se muestra en las consecuencias de la palabra, ya se origine en bocas apostólicas o en bocas magistrales —sobre todo perceptible para las mentes de escaso o nulo desarrollo— sufren la injusticia del desdén sanchopancesco, porque las; consi-deran irrealistas, dado que no tienen la mágica virtud de convertir en oro las vulgares piedras, o de servir de instrumento al que las pronuncia para transformar, en beneficio del hambriento o del haragán, el taller, la parcela, la fábrica —templos del esfuerzo— en las acogedoras "bodas de Camacho". Entonces es cuando no el pueblo, pero sí el plebeyismo, dice con sorna escuderial ante la palabra generosa: Tortas y pan pintados son las palabras. Los más elegantes plebeyos se han aprendido de memoria, para adornar su ignaro escepticismo, la célebre expresión del personaje de Shakespeare: ¡Palabras, palabras, palabras!

Muy otro es —y en ello se revela la perspicacia humana— el caso en que la significación de los términos y su originalidad misma, esa originalidad que preo-

cupa y desvela a los eruditos que siempre carecerán de ella, pasan a segundo plano ante un mensaje verbal que brota de unos labios que no beben en las copas doradas del poder, sino en los vasos de aceite de la lámpara de las meditaciones dedicadas a postular y realizar una reforma. El verbo entonces renace, limpiándose de las vulgaridades del uso.

Y la fe del que escucha también resucita, porque cuando se habla desde arriba, a la validez del significado lleva unida la palabra una vigencia normativa, influyente, quierase o no, sobre la conducta pública. Y si el hombre que habla garantiza con su acción presente y pasada la sinceridad de su voz, entonces las multitudes se regocijan, porque están escuchando a un reformador. Eso es lo que ha pasado con las palabras presidenciales de don Adolfo Ruiz Cortines. Así las ha recibido su pueblo, directa o indirectamente; cuando se ha dirigido personalmente al pueblo, o cuando ha inspirado a sus colaboradores convertidos —y nada hay de deprimente en ello— en despiertos y nobles discípulos.

Fundamentalmente humana ha sido la palabra de don Adolfo apoyando con ella la conducta de su régimen que, ya casi para concluir, ha obtenido la estruendosa sanción de los aplausos con que en Monterrey, una asamblea internacional de industriales, recibió las vibrantes expresiones de López Mateos: El Trabajo no es una mercancía, sino un atributo de la dignidad humana.

¡Qué intérprete tan atinado y tan fiel se manifestó el Secretario del Trabajo —el trabajo es y será siempre la auténtica fuente de la cultura—, del sueño viviente en que se ha llevado a cabo la obra ruizcortinista! López Mateos con genial sentido de su encomienda, trasladó, sin abandonarlo, el problema económico de México, al plano de lo moral. Esto, en otros términos, quiere decir que el actual régimen ha consagrado para siempre en nuestra vida pública, la eterna verdad de que el hombre debe ser hermano del hombre, y como la fraternidad es amor comprensivo, el ser humano no deberá mediatizar a su semejante, sino que habrá de verlo como un fin en sí mismo; no como un instrumento, no como una herramienta o como una acémila; no como un medio destinado a obtener riqueza con su uso sin hacerlo partícipe de beneficio alguno; sino considerando que todo hombre es igual a otro hombre dentro del género

y que por respetar nuestros anhelos, por aliviar nuestros dolores, habremos de comprenderlo como igual, también con anhelos, también con dolores. Si esta valoración descrita de las "relaciones humanas" es la base de la lucha que los ciudadanos del país hemos de llevar a cabo, ¿cómo no ha de brillar un sol de esperanza sobre los horizontes de la Patria? ¿Como no ver en esto la proximidad de un nuevo día? Y ¿cómo no confiar en que el Presidente Ruiz Cortines piensa en ello, cuando medita en el porvenir de México?

López Mateos ha sido el vocero de una auténtica reforma. Y repetimos categóricamente: no porque los términos usados sean nuevos. Sino porque proceden de las meditaciones de un estadista que ha buscado la mejor manera de guiar a su pueblo y ha dado a su Ministro la inspiración para que exprese a ese mismo pueblo cuál ha de ser la ruta de la ventura social mexicana. Se trata de relaciones humanas, de relaciones entre hombres concebidos éticamente, es decir en un campo en que el ser humano no puede ser instrumento, porque no es una cosa. Las cosas tienen precio, señalaba el excelso Antonio Caso, pero

los hombres tienen dignidad. Cuando un Estado postula como su propia misión activa, lograr que la dignidad del hombre se convierta en imperativo característico de su esfuerzo, el progreso es un hecho ante la reforma que el postulado significa en materia política, en materia económica, en materia social.

Ante hombres así, podemos gritar con orgullo y siguiendo el ingenioso consejo del periodista: ¡Mercen las notas del Híano Nacional!

54

pag